

Empresarios alcazareños

He hablado mucho de Cristóbal Cenjor y seguiré haciéndolo, con cualquier motivo. Ahora le recuerdo por ver a diario su casa que se hunde frente a la mía y observarle los nuevos quebrantos al clarear de cada mañana que me hacen reflexionar en la sorprendente evolución de sus actividades y en la inevitable desaparición de todas las obras. Me aviva también este recuerdo la muerte de la última de sus hijas, que fue una en dos, —sí mujer—, y creció en el chimeneón que era erial. Era alcazareño de pies a cabeza, áspero y disconforme, tonelero de oficio. ¿Qué extraña idea pudo inducirle a montar aquí un juego de pelota vasca?

Los dueños sucesivos de su casa hicieron la gran bodega que ahora se extingue y aprovecharon la cancha del frontón, cuyo paredón alto se conserva por esa causa, para construir el jaraíz frente a la portada principal de la finca, en línea recta con la de mi corralón quitada hace algún tiempo.

Por el oficio y por el ambiente era más presumible que puesto a negociar se hubiera dedicado a la vinatería, como lo hizo al cabo de los años y sin entusiasmos ni resultado, antes que a un espectáculo de dudoso éxito en Alcázar y de difícil aclimatación, pero se ve le atraían las relaciones con el público porque le faltó tiempo para comprar el Chimeneón, solar parecido al que tenía pero mejor situado, para hacer el casino y el teatro.

Después de hecho aquello y en evolución, con numerosos y ruidosos incidentes que no se como no le costaron la vida, fue cuando hizo bodega y alcolera en la Rondilla pero con poco entusiasmo y escasa dedicación que limitaron su prosperidad porque encontraría más fácil o más de su gusto dedicarse al espectáculo y a la diversión que al manejo de los orujos y de las lías.

Su familia directa y la de su mujer, bastante numerosas, criadas totalmente en mi tiempo, han desaparecido casi por completo. Y digo casi por si queda alguien que de momento no recuerde y esté remansado en la curva de la vida, pero quien sea se pintará solo. Todo ha desaparecido y la distancia y el recuerdo de los sucesos nos permiten apreciar las dificultades que pone el terreno para su labranza o la poca fuerza que le echamos a la esteva para que ahonde la reja, porque se hace poco y ese poco no suele ser duradero.

El empresariado alcazareño, en el sentido de iniciación de industrias o actividades comerciales de cualquier clase, está tan influido por el forasterismo, que lo raro es que sean brotes nativos y los que se conocieron, al fin y al cabo hijos de la tierra, no solo por haber nacido en ella sino por vivir de ella y de trabajarla, tuvieron siempre horizontes limitados y pobre enraizamiento para aguantar las inclemencias de nuestro clima.